

Arte y Letras

Cómo fué el estreno de "El Pájaro Azul"

(De la "Revista de Revistas")

EL estreno de la ópera «El Pájaro Azul», tomada de la conocida obra de Maeterlinck, es en la actualidad la nota saliente en Nueva York. Ya habíamos anunciado este estreno, cuando dimos la noticia de la llegada del estupendo dramaturgo belga a la ciudad de los araña-ciclos. La alta sociedad neoyorquina, para celebrar el triunfo del autor de «Los Senderos en la Montaña», dió una magnífica fiesta en el Waldorf-Astoria en que tomaron parte damas tan encumbradas como las Vanderbilt y otras que vistieron fantásticos y costísimos atavíos.

Publicamos en seguida lo que opinaron los grandes rotativos de Nueva York acerca del estreno de «L'Oïsean Bleu».

Nadie parece admirar más al escritor belga Mauricio Maeterlinck, que los músicos. Pero parece ser que éste odia la música. Debussy, que se hizo famoso, trayendo también para Maeterlinck la corona de la gloria con las obras «Pelceas y Melisanda», fué odiado cordialmente por el escritor, de quien se dice que apenas hablaba al notable músico francés. La historia no dice la recompensa que ha concedido Maeterlinck a Dukas, que puso música a la obra «Ariana y Barba Azul», a Febrier por elevar a la categoría de Ópera su «Mamma Vanna» o a Leeffler, que puso música a «La Muerte de Tintágiles».

Si la mala voluntad de Maeterlinck por la música es cierta, puede ser que algunos se imaginen que el escritor carece de ciertas emociones humanas y que, consecuentemente, se debe haber alegrado porque la ópera «El Pájaro Azul», compuesta con libreto suyo por el músico Wolf, no fuera un éxito tan mareado. Esta ópera, acaba de ser puesta en escena por vez primera en el Teatro Metro-

politan, de Nueva York, y Maeterlinck hizo el viaje a dicha capital, para presenciarla.

De cualquier modo, los críticos no parecen haber acogido la ópera con mucho entusiasmo, aun cuando no encuentran razones que achacar contra la misma.

El crítico M. Finck, del «Evening Post» de Nueva York, parece ser quien ha acogido más gentilmente la nueva ópera. Reproducíamos aquí sus crónicas, si no fueran demasiado largas, puesto que el argumento, según opina Mr. Handerson en «The Sun», es conocido por todos, a menos que no se halle perdido en asuntos políticos o haya dormido en la cumbre de una montaña en compañía de Rip-Van Winkle. (Rip-Rip).

El señor Handerson, se concreta a recordar algunas particularidades que pueden haberse olvidado, del argumento de la obra; he aquí sus frases:

“La parte del público que no concurrió a escuchar la nueva obra de Wolf, ha leído sin duda el poema de Maeterlinck. En el Century Theatre, donde fué puesta en escena, se trató de que la visión dramática del poeta se cristalizara en la forma más vigorosa. Algunas partes del poema fueron sacrificadas por convenir así al compositor, y otras por que la música lleva sus emociones más lentamente que las palabras, al alma colectiva. Algunos cambios se hicieron, pero los principales caracteres del drama están en la obra: los niños abandonan su casa en compañía de «Light» y vagan a través de la Tierra de la Memoria. El Palacio de la Noche, el Jardín de la Felicidad, el Cementerio y el Reino Futuro. Al final acaban por dar su paloma, que se ha convertido en color azul, mágicamente, a la madre del niño enfermo, quien se recobra por milagro, y en el último instante el pájaro tan buscado, se escapa.”

El crítico Mr. Fink discute el punto entre Debussy y Wolff como intérpretes del poeta belga:

“Alberto Wolff era un aviador del ejército francés cuando puso música a este poema. Se necesita en verdad todo el valor y el

atrevimiento de un piloto aéreo para convertir el drama simbólico de Maeterlinck en una ópera. Pero Wolff realizó lo que parecía imposible, con gran habilidad y éxito. La tarea del compositor fué más ardua que la de Debussy, de hecho, fracasó en hacer una creación vigorosa porque subordinó demasiado la música al poema. A fin de que los cantantes pudieran llevar al auditorio, de manera distinta, las frases del drama, quitó deliberadamente la melodía flotante. También quitó a la orquesta todos sus vigores; en toda la ópera apenas si hay una docena de compases entonados por los instrumentos de viento.

“En cambio, la obra de Wolff no sufre de anemia musical y la sangre corre, roja y ardiente, por sus venas; sin embargo, la orquesta no es, en ningún momento, ruda, estrepitosa o ensordecedora, sino en los momentos en que tiene que desplegar toda su fuerza.

“La obertura es melodiosa, eufónica y vivaz y parece ser la clave de toda la ópera. Al finalizar la obertura, se sienten ganas de exclamar: “Lado sea Dios, que al fin se oye música de un compositor francés que no tenga la resonancia y parezca el eco de las escalas tónicas de Debussy ni los trisillos del mismo: música que vuelve al estilo nacional francés, simbolizado por Ginoud, Massenet y Saint-Saens.” No es Wolff uno de los compositores de quienes Saint-Saens decía “parecen avergonzarse de la melodía.”

“Musicalmente, el episodio más hermoso de la ópera—y en general uno de los más bellos en la historia de la misma—ocurre en el Jardín de la Felicidad, cuando las flautas conducen a los demás instrumentos de la orquesta a una música tan real en movimiento, que puede compararse ventajosamente con cualquiera composición de Gluck, con la ventaja para Wolff de que los temas suyos son enteramente suyos y Gluck no soñó jamás en lograr tan brillantes coloridos. Ese sólo acto de la ópera basta para acreditarla y digna de ser escuchada.

En cambio, el crítico Mr. Henderson, no ve las cosas de semejante modo. Señala desde luego las desventajas del músico que tuvo que enfrentarse con muchas dificultades cuando, al tratar de seguir ideas de Maeterlinck “que ahuyentan la música,” se encuentra con que “la forma dramática hace imposible la música lírica de amplios horizontes.” “La naturaleza del diálogo, que ocu-

pa tanto lugar en el drama, es hostil al desarrollo musical.” Mr. Henderson acusa a Wolff de no ser un hombre práctico en el teatro y dice lo que sigue:

“La música se mueve plácida y lentamente por muchos períodos en los cuales no hay nada que atraiga la atención del público, ni trae renovaciones a la mente de los conocedores. Es una música buena, hecha con habilidad, delincada hasta donde es posible, y que tiene matices delicados e ingenuos, transparentes hasta permitir que se siga bien el diálogo y el estilo aristocrático del drama. Pero la música de la ópera en cuestión, no expresa nada que no se haya dicho ya con las palabras del diálogo. Sirve como un acompañante tímido al poema.

“Cuando Debussy estrenó la obra «Peleas y Melisanda», alcanzó un resonante triunfo porque el poema, aunque obscuro y temeroso, envuelve una poderosa tragedia humana y el músico creó una interpretación perfecta al estilo literario del drama. En el «Pájaro Azul», se busca en vano la unión íntima y fecunda de las artes musical y dramática.

“Una extraña procesión de fantoches dantescos, que sacuden los brazos en gestos de impotencia y se mezclan con bailarinas, vestidas de acuerdo con todos los «ballets», desde tiempos inmemoriales, así como con ermituras que en vano tratan de imitar movimientos de adultos, agrupados en orden pintoresco y simétrico; la ayuda del experto electricista, para los tonos de luz, son los factores principales de esta ópera simbólica. Más se recuerda el argumento que la música.”

El crítico del «Tribune», Mr. Krehbiel, tiene una idea preconcebida de lo que debería ser la ópera «El Pájaro Azul». Dice que el drama es una alegoría llena de simbolismos filosóficos sin profundidad, pero hermosos y conmovedores. A esos simbolismos podría llevar la música sus medios de transportarla, pero debería ser de un orden distinto de la que compuso M. Alberto Wolff; en ese caso, opina dicho crítico, hubiera conmovido más, llevando una mejor comprensión que la que obtuvo el público, en dicha obra. Mr. Krehbiel, dice lo que sigue:

“Ninguno que escuchara a Mr. Winthrop Ames, en su notable impersonación en el drama «El Pájaro Azul», representada en

el Teatro Nuevo, hace ocho o nueve años, puede decir que la música sea esencial a la exposición de la alegoría. Si se pusiera en escena tan solo un lugar en donde el diálogo se desarrollara, se puede imaginar la clase de música que se necesita para el argumento de este libreto. Sería, si acaso, una música intangible, una tonalidad muy vaga, para acompañar al diálogo; una especie de reflejo que procediera de una orquesta invisible, como una emanación de los personajes, los pensamientos y las emociones de éstos, una invocación a la mente poética del espectador. No obscurecería nada, vitalizando y endulzando la obra. Sería, en suma, una música cadavérica, oscura y blanda; en ciertas ocasiones, debería condensarse en una nube para llevar los contornos del ritmo y la melodía, flotando en su ascensión para llevarse consigo las palabras de los personajes, convertidas así en un canto, y después disiparse otra vez en notas armoniosas.

“Debussy pudo haber compuesto dicha música; acaso otros compositores también.”

“En una obra de esta naturaleza debe haber, aparte de la imaginación, un coordinamiento de los movimientos rítmicos, la música, la música y las decoraciones. Esta coordinación no existió en la obra, a pesar de los esfuerzos del Director de escena. Mr. Ordynski, que introdujo el baile ingenioso de Rosina Galli. Tytyl y Mytil no convencieron al público; el perro y el gato que impersonaban muy notables artistas, tampoco pudieron convencernos. El papel de «Nada» fué muy mediocre y la actriz que representó el papel de Light, no evocó el carácter del poema. El público se acordaba de Wynne Mathison y su fuerza dramática. Cuando dicha actriz representó el papel de Light, era una creación. La pequeña Riquette estaba en su papel natural, porque tenía que andar en cuatro pies como el propio Riquet del fascinador cuento de Anatole France.

La segunda representación de la obra de Maeterlinck y Wolff, tuvo una acogida mucho más calurosa que la primera, y el propio Mr. Krehbiel confiesa en las columnas de «The Tribune» que

“El éxito de la ópera «El Pájaro Azul», se debe en parte a la generosidad desplegada por M. Gatti Cassazza, quien acudió a todos sus recursos para que la obra tuviese gran acogida. «El Pájaro Azul» es un espectáculo que hace honor a los escenógrafos, al dibujante de los trajes y al director de escena.”

Una magnífica fiesta espiritual

Alfonsina Storni nos habla de Delfina de Gálvez

VICENTE A SALAVERRI

(Del diario “El Telégrafo”, de Montevideo)

Los buenos hombres «terre a terre» de Montevideo, no lo saben. Les ha faltado tiempo para enterarse. Tiempo ha debido faltarles también a los frívolos turistas que hoy desbordan por nuestros balnearios. Pero una «élite» muy culta, muy cordial, lo suficientemente numerosa para no permitir que quedara un hueco en la sala de actos públicos de la Universidad, hállase convencida de que Delfina Bunge de Gálvez es un profundo espíritu religioso de poeta, y sabe que Alfonsina Storni, la admirable autora de «Irremediablemente», traduce con fidelidad maravillosa los versos de quien ofreció dos obras incomparables con «Simplement» y «La nouvelle maison».

Alfonsina

Vamos por partes. Montevideo hállase desconocido. Nunca vinieron a estas playas veraneantes más profusos. Y apresurándonos a decirlo, como las letras argentinas están en pleno florecimiento, como producen algo más que gloria ya, con los comerciantes ventruudos han venido, huyendo de la calígina bonaerense, buen número de artistas. Un núcleo selectísimo apareció ayer en el paraninfo de la Universidad, entre los Delgado, los Oribe, Juana de Ibarbouroux, Paulina Luisi, Ernestina Méndez Reissig, los Sabat, Emilio Oribe, el joven poeta-médico, presentó con una página meditada que vale siempre más que un discurso vocinglero, a Alfonsina Storni. ¡Qué salva de aplausos estalló al levantarse aquella blonda cabeza lírica de muchachita sentimental!... Su cuerpo leve y vibrante se adelantó hasta el borde del estrado. Chispearon de inteligencia y de emoción los ojos tristes, donde parece dormir siempre un ensueño y brilla una chispita de oro; por entre sus labios escapó la voz velada. Esta voz se hizo enseguida sonora. Voz que arrulla, que acaricia o que restalla como un látigo, que ruge... Pocas voces revelan de tal modo las alegrías y las congojas todas de un alma. Y las manos de Alfonsina Storni, manos pálidas, manos cálidas, manos abaciales, acompañan con un ritmo instintivo las palabras, que tienen siempre un fuerte contenido emocional.

Alfonsina Storni, la gran poetisa argentina, consiguió un éxito estruendoso como conferenciante. Su trabajo de ayer cobra alto valor crítico, abunda en atisbos de una gran sutileza. Con sus frases llenas de gracia, de perfume, de armonía, hizo una llave de oro que franqueó el corazón de todos sus oyentes: damas distinguidísimas, niñas espirituales, escritores de nota y aficionados a lo bello. Hoy todos creen en el talento de dos altas poetisas argentinas: la Storni y

Delfina Bunge de Gálvez

En Buenos Aires, los Bunge forman una especie de dinastía del talento. Se recordará a Jacinto Octavio, desaparecido prematuramente, a Augusto, a Jorge... Sucede en la Argentina con los Bunge lo que pasa en España con los Mactzu. Delfina, la autora de «Simplement», esposa del gran novelista Manuel Gálvez, es un alma de excepción. Ródo hizo un cumplido elogio de sus versos, felicitándose, y lamentando a la vez de que escribiera en la lengua de Víctor Hugo, «nuestro griego», como decía el taumaturgo de «Proteo». La señora Bunge de Gálvez,—consagrada por Darío, por Verhaeren, por Unamuno,—no escribe en francés por snobismo. Es una necesidad poética, En francés percibe mejor la sonoridad, el ritmo, la currimia... En cambio su prosa castellana es limpia con fulgores de plata bruñida. Alfonsina Storni,—temperamento antagónico, pero admiradora ferviente,—nos ofreció ayer versiones cervantinas de los versos de la autora de «Simplement».

Y nos quedamos encantados ante la finura de este espíritu religioso, mística con un misticismo puro, diáfano, que no se compara al urente y atormentado misticismo de Santa Teresa de Jesús. ¡Qué delicadeza, qué emoción y qué arte hay en las dulces rimas, que por haberse publicado en francés aun no eran populares ni siquiera para nuestros poetas!

Alfonsina Storni ha hecho una divulgación tan justa como generosa. Ayer nos hemos cansado de aplaudir. Nuestros aplausos eran para entrambas artistas. Para quien extrajo suaves tesoros de emoción de su alma, y para quien puso emoción en la emoción ajena.

¡Delfina Bunge de Gálvez!... Alfonsina Storni!... ¡Oh, qué bien prendidas han quedado en nuestros corazones las gracias magníficas de vuestros intelectos!...

Gálvez y Capdevil.

Y para que la conferencia de ayer estuviera revestida de todos los prestigios, dos escritores de nota—dos de los primeros es-

critores (¡si no los dos primeros!) de la nueva generación argentina,—han estado alojados en «nuestro cerebro», como le llamó ayer la Storni a nuestra Universidad.

Manuel Gálvez, el novelista vigoroso de «Nacha Regules», y Arturo Capdevila, el poeta trágico que vive en la ahora agitada Córdoba; formaban parte del auditorio que aplaudió hasta cansar las manos, los versos de Delfina Bunge y el arte conferencístico de la Storni.

En fin: una inefable fiesta espiritual. Un acto que honra—tanto monta, monta tanto—por igual, al selecto núcleo de talentos argentinos que le dieron realce, y al público cultísimo que evidenció una comprensión inteligente y la más viva simpatía cordial.

En la casa de Tolstoy

AMADEO DE CASTRO

(De la revista "Nuevo Mundo")

Oh, los tiempos en que las evocaciones cristianas de Tolstoi parecían una peligrosa revolución, qué lejos están! La no resistencia al mal, la confianza absoluta en la justicia divina que vendrá, el retorno a la convivencia con la Naturaleza, apenas pueden estreñecer ninguna conciencia. Al individuo apenas le queda en la nueva sociedad que se está engendrando libre albedrío: lo empujan, lo zarandean y lo arrastran de un lado a otro los principios y las organizaciones colectivistas. No hay derecho a elegir el bien o el mal ni a organizar cada uno su vida a medida de sus gustos o sus ambiciones. El laborioso y el holgazán tienen la misma tasa de tiempo para su trabajo. El sobrio y el glotón dispondrán de iguales bonos de viveres. La colectividad suplanta al individuo...

Cada vez que nos llegan noticias de la nueva Rusia, nos acordamos de Tolstoi. El país que parecía más sometido y amodorrado; el pueblo embrutecido por el látigo y el «kummel», que Tolstoi retratará en sus libros tantas veces, es hoy el precursor de la Revolución. Ha llegado inesperadamente a avanzadas ideológicas que los más exaltados revolucionarios de Occidente no habían podido imaginar nunca. Este pueblo, ¿se acuerda de su profeta? Estos bolsheviks, ¿no se han olvidado del santuario familiar donde Tolstoi vivía? Los torturados, los perseguidos, los neomísticos que esperaban el reinado del bien de una resurrección espiritual de Cristo, ¿siguen yendo en peregrinación a Yasnaia Poliana?

Muerto Tolstoi, quedaron allí su familia y sus discípulos predilectos. Allí, en medio del

parque, se alza el árbol centenario, rodeado de asientos, donde Tolstoi esperaba a los campesinos de las cercanías que iban a contarle sus cuitas menudas, sus apuros insignificantes, sus sencillas tribulaciones de conciencia. Del tronco del árbol pende una campana, que Tolstoi hacía sonar cuando se disponía a recibir a sus amigos. A veces, entre los labriegos aparecían extranjeros, a quienes Tolstoi recibía familiarmente, como si los hubiese tratado años enteros. Eran turistas adinerados, a quienes llevaba allí una fútil curiosidad; eran periodistas banales que intentaban obtener del novelista la vacuidad de una entrevista; eran anarquistas expulsados de todas las naciones, hambrientos de pan y de paz, que llegaban hasta Yasnaia Poliana como los maderos de los naufragios que arrojan las olas sobre las arenas de la playa...

Este lugar apacible, que era para Tolstoi confesionario y altar, púlpito y tribuna, reclinatorio y escaño, donde constantemente la Providencia era evocada, para que viniese a socorrer las tribulaciones de los humanos, ¿está silencioso y abandonado? ¿Ha sido tallado este árbol y fundida esta campana por la Revolución?

No. La Rusia bolshevique ha convertido Yasnaia Poliana en una expresión viva de las doctrinas de Tolstoi. Desde luego, la familia heredera ha sido despojada de su propiedad patrimonial. Los hijos de Tolstoi han corrido la misma suerte que todos los propietarios rusos; pero Yasnaia no ha sido despedazada en trozos para entregarlos a los mujics para que los labraran. La finca íntegra ha sido entregada a los niños, a ochocientos niños, hijos de obreros y de campesinos.

Tatiana, la hija predilecta de Tolstoi, y Teerthoff, el amigo y testamentario del maestro, recibieron de la Comisaría de Instrucción Pública del Gobierno de los Soviets el encargo de organizar una República infantil, un Estado comunista en miniatura, como si Tolstoi viviera, como si él mismo fuese el maestro de aquellos ochocientos niños. Y como si hubiesen invadido aquellos bosques bandadas de pájaros, se han llenado de alegría, de cánticos, de gritos y de risas.

Las habitaciones particulares de Tolstoi se han convertido en un museo. Los demás edificios que allí había, y otros construídos nuevamente, se han destinado a dormitorios y talleres de los niños. Se les enseña a labrar la tierra como verdaderos agrónomos modernos, y para los que quieren dedicarse a otros trabajos, hay escuelas de mecánica, de ebanistería, de sastrería y de otras industrias

y otros oficios. Para todos, en fin, hay teatro, biblioteca, academias de música y pintura, gimnasios, baños, campos y pistas de deportes.

Toda la organización, todo el trabajo están entregados a los mismos niños. Tatiana Tolstoi, Teerthoff y los maestros de los talleres, de las escuelas y de la labor agraria no son más que guías y consejeros. Los niños mayores tienen viva la noción de su responsabilidad. Han de cuidar de los pequeños y han de preverlo y organizarlo todo. Reunidos en consejo discuten y resuelven los asuntos de su República; cuando dudan, cuando vacilan, cuando temen haberse equivocado, acuden bajo el árbol donde Tolstoi aconsejaba a sus visitantes. Allí está Tatiana, que a su sensibilidad femenina une la fe en su apostolado, y allí está Teerthoff, espíritu moldeado en las doctrinas de Tolstoi.

Los niños viven de su trabajo. La comida vegetariana con que se alimentan se produce casi íntegramente en los campos de Yasnaia, que labran los niños; se entrega al Estado la leña y la madera del bosque, los caballos y las vacas que pastan en sus praderas, se entregan también muchos productos de los talleres, y a cambio de ellos, reciben los niños cuanto puede hacerles falta para su vida sobria y ordenada. Cada mes se reúne la asamblea de los niños; el «soviet», elegido por todos, entre los mayores, da cuenta de los negocios de aquel Estado infantil, expone proyectos, da consejos. Todos los niños tienen voz y voto en la asamblea; a veces los más pequeños hacen observaciones agudas y proponen cosas deliciosas; someten a la asamblea sus pasiones, sus luehas, sus anhelos, sus tristezas, y se les juzga y se les conforta por sus compañeros. El espíritu de Tolstoi parece presidir este ensayo de pedagogía comunista. Los técnicos podrán discutir, negar eficacia y aun creer dañina esta subversión de todos los principios clásicos del arte de educar; pero, sentimentalmente, se siente uno sugestionado y atraído por estos procedimientos de autoeducación, que en el caso de Yasnaia Poliana aparecen iluminados por la más alta espiritualidad que vivificó la literatura europea del siglo XIX.

En el fragor de la revolución rusa podrá hundirse todo lo que fuera fundamental del enorme Imperio que parecía inconvertible; todo, desde el trono del Zar y desde el Santo Sínodo hasta el propietario de la tierra; todo, menos el espíritu de Tolstoi, sus libros, sus palabras y sus actos. Así, aunque los Soviets no quisieran, la República comunista infantil de Yasnaia es, ante todo, una obra

de fe cristiana. Bajo el árbol secular, donde Tolstoi se sentaba con sus amigos los mendigos, los perseguidos, los torturados y los expatriados, parece surgir ahora la evocación de Jesús, repitiendo sus hercúneas palabras: "¡Dejad a los niños que se acerquen a mí!"...

El triunfo de Ana Pavlowa

(De "Revista de Revistas")

Aquella eximia artista que en inolvidable temporada nos fascinara con el sortilegio de sus danzas maravillosas, aquella egregia danzarina que en un arrebató lírico nos hiciera exclamar ¡Los dioses están con nosotros! ha llegado a París y el público de la gran ciudad del Arte ha deshojado para ella las mismas rosas que aquí a sus pies nosotros deshojáramos. Para aquellos que, en un afán de notoriedad nos tachaban en aquellos días de «ligeros» al prodigar nuestros elogios a Anna Pavlowa, y que, enfáticamente, sonreían ante nuestro entusiasmo y evocaban, en estériles comparaciones, nombres exóticos, insertamos a continuación algunos pasajes de las crónicas que sobre Anna Pavlowa se han escrito en París recientemente:

«L'Opinion», dice: "Mme. Anna Pavlowa se ha presentado en París con la «troupe» que ha formado... Había ya aplaudido a Mme. Pavlowa en Buenos Aires, y hoy la veo de nuevo en París. Ha encontrado el mismo éxito que allá. Entre tantas figuras y personajes, la «Muerte del Cisne» es ya popular. Blanca como el pájaro herido, resbalando, trémula, sobre las puntas de los pies en tanto que los brazos simulan el temblor de las alas que no se agitarán más, élévase con el canto, doblégase con él, reanímase por tres veces y cae al fin, vencida y plegada el ala, en la gracia inmortal de la muerte. (Henry Bidou).

Por su parte, «Les Annales» comentan: "La temporada teatral está en su apogeo... En el teatro de los Campos Elíseos, la vuer-ta triunfal de la ilustre Anna Pavlowa, orgullosa de presentarse en París con los laureles recogidos en todo el universo..."

«L'Illustration», el gran semanario parisiense, es más explícito: "Una concurrencia extremadamente brillante llena cada noche, desde hace dos semanas, la gran sala del teatro de los Campos Elíseos, atraída por los bailes de Anna Pavlowa y de su compañera rusa. La originalidad, el gusto, la distinción de estos bailes constituyen un verdadero regalo para los delicados. Las adaptaciones coreográficas, en las que toma parte toda la «troupe» sobre composiciones de los maes-

tros antiguos y modernos, desde Gluck a Tchaikowsky, de Weber a Gounod, de Chopin a Paderewsky, forman sobre fondos de luz maravillosamente adaptados, visiones de particular suavidad. Más que en los «divertissements» en que figura ella con el conjunto de su compañía, el arte de Ana Pavlowa señálase por sus creaciones personales —y verdaderamente «creación» es la palabra si debe alguna vez aplicarse a la interpretación de sentimientos o la transposición humana de una gracia de la naturaleza—como en esas audiciones de páginas de Saint-Saëns o de Glasgownow en las que nos hace palpables, tangibles, el temblor del cisne sobre las aguas, la verde vibración de las libélulas en la luz..."

Poetas de los Estados Unidos

(De "El Mercurio", de Chile)

Los libros de Miss Lowell y de Mr. Undermeyer, las abundantes antologías, entre las cuales predomina la de Miss Menroc, las notas críticas y estudios de las revistas literarias, desde las más académicas y rígidas de Inglaterra y los Estados Unidos hasta las propulsoras del movimiento más reciente, como «The Égois», de Londres, y las norteamericanas «The Little Review», «Others» y «Poetry», nos ofrecen plena información acerca de tan extraordinario florecimiento poético, desarrollado en la patria de Walt Whitman antes de cumplirse los treinta años de la muerte del patriarca.

Los nombres que se han de retener, rápidamente caracterizados, son los que vienen a continuación.

Edwin Arlington Robinson, en quien la vida americana asume nuevas formas poéticas dentro de los moldes tradicionales («The Man against the Sky», etc.), Robert Frost, de un realismo trascendental, desenvuelto también en normas que no se apartan mucho de las clásicas, misterioso y profundo en lo cotidiano («A Boy's will, North of Boston, Mountain Interval»), Edgar Lee Masters, que ha hecho revivir la historia de un pueblo, en los retratos de su «Spoon River Anthology», el libro más disendido y más admirado de todos estos, temperamento de novelista, es decir, inventor de historias y de caracteres, poeta épico en suma. Sus libros posteriores, sin hacerle desmerecer, no han conseguido la popularidad de aquel otro, no el primero de los suyos, pero el que marca, con un cambio completo de visión y de técnica, el nacimiento de

su verdadera personalidad. Junto a él, Carl Sandburg, autor de «Chicago Poems» y de «Cornhuskers», renueva la nota humana, democrática de la poesía que emana directamente en el alma de un gran poeta en medio de una sociedad poderosa y libre. Inspirado en la vida extraña y abigarradamente pintoresca de la población de color y en los temas genuinos, casi regionales de América, Vachel Lindsay, dinámico y popular, es cultivador de una poesía "para cantada o leída en voz alta," con fuertes ritmos y estribillos. («The Congo and other poems», etc.), Amy Lowell («Men, Women and Ghosts»), H. D. (iniciales con que firma Helen Doolittle, esposa del poeta inglés Richard Aldington, autora de «Gardens Overseas» y John Gould Fletcher («Irradiations», etc.) que forman parte del grupo «imaginista» derivado del simbolismo, más refinado, menos humano, si se quiere, que el de los poetas antes nombrados, y del cual, si no el iniciador, fue uno de los espíritus principales Ezra Pound («Canzoni, Persone, Exultations, Lustra, Cathay», etc.). Ezra Pound ha logrado una popularidad literaria, si puede pasar la expresión: como dice Carl Sandburg "en toda conversación acerca de literatura se va a parar a Ezra Pound." Conocedor de literaturas extranjeras (la francesa, la italiana, la latina, ha traducido a Propertio y a Guido Cavalcanti, los No japoneses y los poetas chinos según las versiones de Ernest Fenollosa; hasta hay en alguno de sus libros cierta adaptación de un villancico de Lope), en las poesías de Ezra Pound hay siempre un tejido de alusiones sutiles, un resplandor intelectual, compaginado no siempre a derechas, con un atrevimiento en la forma expresiva que le ha llevado a ser como el eslabón que une a los versilibristas del «imaginismo» con la "tribu nómada y sin principios de los otros." Estos otros, denominados así por su revista «Others», hoy desaparecida, se agruparon alrededor de Alfred Kreyborg (autor de «Mushrooms») para cultivar un arte sutil y a veces profundo, que no desdeña el humorismo más exagerado. En estas tendencias extremas se han distinguido Wallace Stevens, William Carlos Williams, T. S. Eliot, M. Bodenheimer, y muchos otros. La abundancia de versificadores, en el país de los dólares, quizá es mayor que en ningún otro. Basta ver un «magazine» cualquiera, sin necesidad de acudir a las revistas literarias, para convencerse de ello. Pero lo esencial es que entre tantos hay unos pocos—no quisiéramos haber omitido a ninguno—que tienen tanto interés como los mayores poetas vivos de cualquier literatura europea.

De la "Antología de Spoon-River"

GORGE GRAY

He meditado mucho
lo que en el mármol cincelaron para mí;
un barco de velamen arriado, sin moverse del
(puerto,
Ciertamente, no copia mi destino sino mi vida,
Pues vino a mí el amor y esquivé sus desen-
(gaños;
llamó el dolor a mi puerta, y me asusté;
la ambición me tentaba, y temí al riesgo,
Con todo, siempre ansíe dar un propósito a mi
(vida,
Bien veo ahora que hay que izar las velas
para coger el viento del destino,
vaya después a donde quiera el barco,
Dar un propósito a la vida puede llevar a la
(locura,
pero la vida sin motivo es el tormento
de un desear indomeñable y vago:
es el barco que ansía la mar, pero la teme.

Tom Merrit

Empecé por sospechar algo
viéndola tan seria, tan distraída,
Y una vez oí que cerraban la puerta trasera,
cuando yo entraba por la principal, le ví esca-
(parse
por el almacén al solar
y ehar a correr a campo traviesa,
Y pensé matarle cuando le encontrara,
Pero al pasar aquel día junto al Puente Cuarto,
sin bastón ni piedra a mi alcance,
me le encontré de pronto cara a cara,
con un susto mortal; llevaba unos conejos,
Yo sólo decir pude: "No, no, no..."
mientras él me apuntaba al corazón y disparaba.

Estudio de Estética

Unos cuantos chiquillos desastrados,
con raro entendimiento repentino,
dejaron de jugar, cuando pasabas,
y desde el barquichuelo, a voz en grito:
Guarda! Ahí, guarda! ch'é be'a!
Tres años después de esto, pude oír
a un Dante mozo cuyo apellido nunca supe,
porque hay en Sirmio veintiocho Dantes
mozos y treinta y cuatro Catulos;
y había brava pesca de sardinas,
y los mayores
las metían en grandes cajones de madera
para llevarlas a vender a Brescia,
y él saltaba, cogía los pescados
relucientes, y en vano le mandaban
los otros reprendiéndole: Sta fermo!
Como no le dejaban arreglar
el pescado en las cajas,
daba golpes encima de las que estaban llenas

murmurando entre sí, de puro gozo,
con una frase idéntica:

«Ch'ó be'a»

Y eso me avergonzaba dulcemente.

ELZRA POUND.

Cuarto de niño

En la faz cansada del espejo
se refleja una cortina azul.
Si pudiese levantar la imagen
y asomarme un poquito, vería
un niño llorando,
porque está en otro cuarto su madre
y él no tiene con quién jugar:
tira su construcción indiferente,
y flota,
porque nadie le quiere construir el palacio del
Hada Morgana.
Más no puede alzar la cortina;
está rígida, helada.

JOHN GOULD FLETCHER

Mabel Osborne

Tus rojas flores entre las hojas verdes
cayendo van, geranio hermoso,
Pero no pides agua,
No sabes hablar! No intontes hablar...
Todos ven que te mueres de sed,
pero no te dan agua!
Los que pasan dicen:
—Este geranio necesita riego.
Yo que pude contigo compartir mi ventura,
yo que te amé, Spoon River,
y que anhelé tu amor,
me marchité a tus ojos, Spoon River...
sedienta, sedienta,
sin que mi castidad de alma me dejara de-
(cirte mi amor,
a tí, que me veías perecer a tu lado
como el geranio que alguien plantó sobre mi
(cuerpo
y lo dejó morir.

EDGAR LEE MASTERS.

La Verja

Ya se acabó la casa de piedra junto al lago y
los trabajadores ya están empezando la verja.
La verja es de barras de hierro con puntas
de acero capaces de arrancar la vida al que
se enganche en ellas.
Como verja es una obra maestra contra la gen-
tuza de los vagabundos y muertos de hambre,
contra los chicuelos errantes que buscan sí-
tio en que jugar.
Por entre las barras y sobre las puntas de acero
nada puede pasar como no sea la muerte, la
Lluvia y el Mañana.

CARL SANDBOURG.

Anatole France en su casa de campo

FRANCOIS CRUCY

(De "El Mercurio", de Chile)

El ilustre escritor ha resuelto abandonar definitivamente la ciudad y retirarse al campo. No ha sido tarea fácil para Anatole France hallar un retiro a su gusto, un refugio pequeño y modesto, pero que le permitiera albergar tantos objetos, antiguos y modernos, variados hasta el infinito, que le son familiares y que él reuniera durante muchos años en su antigua residencia de París.

Si sois sensibles al genio de Anatole France, genio que gusta disimularse tras una simplicidad encantadora; si sois sensibles a ese lenguaje tan suyo, que, pareciéndose siempre, se presta, no obstante a todas las variedades, todos los matices de la expresión; si sois sensibles, en fin, a esa perfección de un arte superior, hallaréis interesante, sin duda, conocer este retiro del eminente escritor, situado en medio de la risueña campiña francesa.

Es un edificio antiguo, cuya arquitectura no ha variado desde la época de Luis XIII. Sin decoraciones, sin cornisas, columnas o frontones, sus proporciones tan justas, sus ventanas tan grandes y tan llenas de claridad, la hacen simpática, tal cual es, desde el primer momento. No tiene altos; todas las habitaciones, de uno y otro costado, están bañadas en luz. Este último detalle no deja de sorprender a aquellos que han frecuentado la antigua casa de Villa Said, cuyo interior tenía algo de lúgubre, gracias a los «vitraux» que Anatole France había hecho colocar en las ventanas, ya bastante pequeñas, en substitución de los vidrios comunes.

Como le expresara a France mi asombro por esta transición brusca de la oscuridad a la claridad, el ilustre hombre contestó a guisa de excusa:

—Es que allá, en París, todo se afeaba alrededor de la casa, a medida que transcurrían los años. Era necesario, pues, defenderme contra esta fealdad que me rodeaba.

Y contemplando su pequeña terraza, el jardín en pendiente y más allá el paisaje trar quiló, Anatole France agregó:

—Creo que aquí podré vivir tranquilo. Ciertamente durante la guerra me inquietaban los rumores referentes a los americanos, que adquirían tierras por todos lados para construir usinas y fábricas; pero, actualmente, creo que el peligro ha pasado.

En la casa que habita actualmente Fran-

ce, la luz parece animarlo todo: las poreclanas sobre las repisas; los personajes vestidos al estilo del siglo XVIII, pintados en colores vivos sobre abanicos desplegados en las vítrinas; encuadernaciones antecadas y doradas al fuego; pergaminos manuscritos con letra roja, las primeras ediciones de un Rabelais y de un Racine, los más caros, entre tantos escritores, al espíritu de France. Y sobre la gran estufa se anima también el grupo de barro cocido, que representa a Dido, desconsolada, con el pecho descubierto y cejado hacia adelante, a los pies de Eneas, armado de coraza y sobre la cabeza un casco romano, invocando a los dioses y los ojos vueltos hacia el cielo.

Todo se anima, todo brilla, todo ríe en esta casa, situada a orillas del Loire, donde vive y trabaja el maestro, el más grande escritor francés de nuestros tiempos.

Pero no se crea que Anatole France lleva una vida de reclusión. Su interés por las cosas y los hombres no decae nunca, y no bien llama un visitante a su puerta, abandona el «Petit Pierre» y sus memorias, acude al encuentro del amigo y lo somete a un minucioso interrogatorio.

Los acontecimientos del mundo exterior lo apasionan y espera con verdadera impaciencia la llegada de los periódicos. Imposible hacerle hablar de su persona, de su casa, de sus trabajos. En cambio, hace hablar al visitante que llega de París o de cualquier otro punto.

—Es que el invierno se hace muy largo aquí—se excusa Anatole France.

Pero la verdadera razón de este su modo de ser está en su curiosidad, siempre despierta, y en su eterna esperanza.

Como Horacio otrora, Anatole France confiesa que, no obstante sentirse bien donde está, su espíritu inquieto se escapa siempre y se remonta a regiones lejanas, muy lejanas...

El fruto de las alianzas secretas

ALVIN JOHNSON

(De "The New Republic")

Traducido especialmente para CUASIMODO, por Fco. A. Filós

“Cómo surgió la guerra”, por Earl Loreburn, Londres: Methuen & Co-

Qué beneficio se obtendría ahora en poner en claro quien desecó la guerra, y si alguno la desecó, por qué actos criminales o estúpidos, por qué misterioso proceso, bien intencionado al principio pero pervertido al fin, cayó un mundo en el abismo? ¿No vivimos

ahora bajo un nuevo equilibrio que excluye toda posibilidad de repetición de la tragedia de 1914? Quien quiera que esté seguro de esto debe omitir en su lista de libros el trabajo del Earl Loreburn, bien que haciendo esto se privaría de un rato de placer intelectual. Si ha de considerarse dicho libro como un mero ensayo histórico debe declarar se que es uno de los más claros y más elegantemente escritos. Aquellos que no crean que la paz ha sido ajustada de una vez para siempre en Versalles darán un inmenso valor al libro de Earl Loreburn. Expone de una manera clara y sencilla qué debe hacerse y qué debe evitarse si ha de mantenerse la paz entre los pueblos concientes.

En 1914 Europa se encaminaba al desastre. ¿Era inevitable? No. Loreburn desecha, después de un consciente e imparcial examen, la teoría de que la guerra era inevitable, que ella había de llegar tarde o temprano, tal vez más bien temprano que tarde. Esa teoría no es más que una excusa de que se ha cejado mano para disimular el crimen, la negligencia y las locuras que trajeron la guerra o que no pudieron evitarla. Ciertamente la maquinaria militar alemana deseaba la guerra, lo mismo que el grupo de aristócratas y de militares que rodeaban al caído emperador de Austria. También hubo grupos en otros países que acogieron con entusiasmo la guerra. Pero la mayoría de los habitantes de todos los países, incluyendo a Alemania, temían y odiaban esa guerra. Las fuerzas antiguerreras crecían cada vez más.

Si se hubiese podido evitar que la crisis serbia se hubiese inflamado hasta convertirse en guerra general, sin duda alguna habrían surgido nuevas crisis que amenazarían la paz; pero cada una de ellas una vez resuelta habría fortalecido la posibilidad de que nunca ocurriese la guerra. El viejo Emperador austriaco estaba cercano a la muerte y debía sucederle un heredero que era menos dócil a los militaristas y a los opresores. El poder de la democracia social alemana, duramente opuesta a la autocracia y al Estado mayor, crecía a pasos gigantescos; en cinco o diez años de paz los «junkers» y los «pangermanos» habrían tenido mucho en que ocuparse en vez de soñar con conquistas y con un imperio mundial. La condición de los negocios de Europa era precaria, no desesperada, hasta la última semana de Julio de 1914. Y aun en esa última semana hubo esperanza de obtener una solución pacífica hasta que la arrogancia de una parte y la debilidad de otra inclinaron la balanza de fuerzas del lado de la guerra.

No es que la arrogancia o la debilidad fuesen entonces extraordinariamente evidenciadas; si resultaron tan desastrosas, fué sólo debido al inestable equilibrio de Europa. Esa inestabilidad es explicada por Earl Loreburn en términos de los dos centros de tempestad, Alsacia y Lorena y los Balkanes, y del sistema de alianzas abiertas o secretas, que aseguraban la transmisión a toda Europa de los disturbios que se originasen en dichos centros. Alsacia-Lorena estaba relativamente quieta. Nadie ignoraba que Francia nunca se precipitaría en una guerra por dichas provincias, sólo para recobrar sus provincias perdidas. Pero es lo cierto que ellas eran una barrera infranqueable entre Francia y Alemania. Esto mantenía a ambas naciones en sospechas recíprocas. Cuando todo el trabajo de la política de Bismark en conseguir la amistad rusa se vino a tierra por el necio orgullo del Kaiser, la diplomacia francesa, naturalmente, aprovechó esa oportunidad, Rusia se aproximaba más y más a Francia y de ahí que el peligro eslavo viniese a ser la pesadilla del pueblo alemán y base de la constante propaganda a favor del militarismo. Y por su alianza con Rusia, vino Francia a quedar intimamente ligada a los asuntos de los Balkanes. Y respecto a Rusia, con su sueño dorado de Constantinopla y su interés sentimental en los eslavos del sur, todo cambio de poder en los Balkanes era causa de gran preocupación.

Por su alianza con Rusia, Francia estaba, por consiguiente, en perpetuo peligro de ser arrastrada a la guerra por asuntos balcánicos que no le interesaban directamente. Estaba así entendido. Seguramente que los franceses encontraban su compensación en la seguridad que se les ofrecía contra la agresión alemana. Lo que no estaba entendido era que la Gran Bretaña también se encontraba en posición similar, debido a una serie de inteligencias con Francia. Sir Edward Grey aseguró, es cierto, hasta el último momento que Inglaterra tenía las manos libres. Sin duda él lo creyó así. El pueblo británico no estaba advertido de que existían acuerdos que lo obligarían a luchar contra Alemania y Austria por diferencias en los Balkanes. Pero ¿realmente estaba Inglaterra en libertad de permanecer fuera de la guerra o entrar en ella? No lo estaba; y Earl Loreburn lo demuestra sin dejar lugar a dudas. En realidad se había comprometido en sus acuerdos navales con Francia a que en caso de un ataque por parte de Alemania defendería a Francia y a la marina francesa de la flota alemana. Esto no era un apoyo ilimitado, pe-

ro no era tampoco ni con mucho aquella neutralidad que Inglaterra quiso aparentar.

Esas combinaciones, no la violación de Bélgica, hicieron inevitable la entrada de Inglaterra en la guerra. Es preciso que probemos esto? Pues Earl Loreburn lo prueba. Es más; a no ser por tales compromisos Bélgica se hubiera visto libre de ser atacada. Si Inglaterra hubiera dicho: Toquen a Bélgica y peicaremos, no la ataquen y seremos neutrales, ¿habría Alemania hecho un camino ensangrentado de los campos belgas? La suposición es absurda. Si las manos de Inglaterra no hubiesen estado atadas, ella hubiese podido requerir de Alemania que garantizase la integridad francesa, y esto a cambio también de su neutralidad. Los alemanes sabían bien cuál sería el castigo que les podría aplicar la flota inglesa. Ellos habrían pagado, y pagado bien, por la neutralidad. Ahora bien, la mayor parte de nosotros convendrá en que desde que los alemanes no habían de mantenerse en paz era preciso aplazar la guerra hasta que se hubiesen habilitado fuerzas suficientes para aniquilarlos. Era mejor que Inglaterra estuviese comprometida en apoyar a Francia. Pero esto en nada desvirtúa el hecho de que los ingleses fueron comprometidos por sus diplomáticos, sin conocimiento de ellos, y sin conocimiento del mundo.

Después de todo, ¿qué diferencia práctica podría haber en que Inglaterra estuviera obligada por un acuerdo secreto, o por una alianza pública, si el objeto era benéfico y noble, como el defender a Francia de agresiones, y toda vez que el resultado final ha sido derrocar las autoeracias de la Europa Central? Si el pueblo británico se hubiese dado clara cuenta de que se iba a ver envuelto en una lucha continental, de seguro no habría sido sorprendido sin preparación. Creyendo que la política tradicional inglesa de mantenerse alejados de las contiendas continentales estaba aun en vigencia, el público inglés no veía motivo para organizar ejércitos enormes de acuerdo con los planes continentales. Una pequeña fuerza terrestre y una poderosa marina eran lo suficiente para sostener la tradicional política inglesa. No estaban en condiciones de afrontar las exigencias de la nueva política que Sir Edward Grey había establecido en el país, sin el conocimiento o consentimiento del parlamento ni del público.

Pero no es esto todo. Si a Alemania se le hubiera hecho entender de manera clara que en caso de que declarase la guerra a Francia y a Rusia, tendría que entender

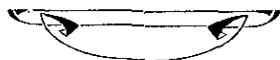
selas también con los recursos del Imperio Británico, Alemania se habría detenido a considerar si la movilización de parte de Rusia no quedaba contestada por su propia movilización, sin recurrir a una declaración de guerra. El curso de las negociaciones durante la semana anterior a la declaración de guerra por parte de Alemania, demuestra ampliamente que Inglaterra deseaba la paz, y lo mismo ambicionaban Francia y Rusia, que la población civil de Alemania soñaba con una paz honrosa y que aun la misma Austria estaba dispuesta a aceptar un arreglo. La guerra estalló porque el Kaiser y el Estado Mayor Alemán estaban tan tocados de insensatez guerrera, que la movilización rusa les pareció un reto directo a Alemania. No les habría parecido una provocación tan directa, si no hubieran estado tan confiados en que obtendrían una victoria fácil, y si tenían esta confianza era porque creían que Inglaterra no intervendría.

Si Alemania hubiera sabido que Inglaterra estaba comprometida en contra suya, es muy posible que no hubiese habido guerra. Si Inglaterra no hubiese estado tan secretamente aliada, y hubiese podido decir a Rusia: "Si movilizas provocativamente, no te apoyaremos," no habría habido tal movilización y por consiguiente tampoco habría tenido Alemania pretexto para lanzarse a la guerra. Inglaterra habría evitado la guerra si se hubiera mostrado abiertamente aliada de Francia o si hubiera estado completamente desligada de ella. No es de extrañar, pues, que los alemanes de la escuela de Maquiavelo, en vista de la ambigüedad de la política inglesa, aseguren que la Gran Bretaña deseaba la guerra para acabar con su rival en el comercio y Marina.

Per supuesto que tal aserción es una tontería. Quien quiera que siga de cerca las negociaciones que se llevaron a cabo durante el período anterior a la declaración de guerra, llegará al convencimiento de que había en Europa un hombre que deseaba sincera-

mente la paz, y que trabajó incesantemente por el mantenimiento de ella: este hombre era Sir Edward Grey. La responsabilidad de haber precipitado la guerra la tienen íntegra el Kaiser y sus consejeros militares. Grey creyó que Inglaterra no pelearía; si hubieran pensado lo contrario otra habría sido su actitud. Esto hace que su culpabilidad moral sea más bien mayor que menor. Pero también queda en pie el hecho de que Sir Edward Grey y sus colaboradores habían comprometido secretamente a Inglaterra a salir a la defensa de Francia, en vez de haber contraído ese mismo compromiso por medio de un tratado público aprobado por el Parlamento y de haberse preparado en proporción a tan grande responsabilidad. De ahí que su posición no le permitiese decir la palabra decisiva que tal vez hubiese evitado la guerra y esto fue lo que ellos no pudieron prever. Por la ventaja aparente de la flexibilidad y cordialidad de las relaciones internacionales, habrían conducido al país, por el sendero tortuoso de la diplomacia secreta, hacia un precipicio donde toda su buena voluntad y sus deseos de paz fueron impotentes para evitar el mayor desastre habido en estos siglos. Habrá algún hombre de Estado honorable, que siga confiando en los convenios secretos?

La paz mundial no se establecerá definitivamente sino por medio de un organismo internacional. Prácticamente, ningún organismo concebible puede hacer, por sí mismo, imposible la guerra. Si la intriga y los convenios secretos continúan entre las naciones que formen el nuevo organismo, carecemos de toda garantía contra el posible auge de determinadas facciones dispuestas a recurrir a la fuerza. Que no haya más alianzas independientes dentro de la Liga de Naciones: ésta es una de las más valiosas dádivas de Wilson al internacionalismo. Sobre todo, que se acaben las alianzas secretas que llenarían el nuevo mundo de las mismas suspicacias y rivalidades que causaron la ruina del viejo.



Trabajos Notables

(Traducciones y Reproducciones selectas)

La fundación de un periódico honrado

UPTON SINCLAIR

(De "The Nation")

El autor de este originalísimo plan goza de fama mundial desde que publicó hace algunos años su gran novela "The Jungle" que puso de manifiesto las escandalosas prácticas de las empresas salchicheras de Chicago.---N. de R.

DURANTE los últimos veinte años el autor de este artículo ha estado coleccionando datos sobre el periodismo americano. Durante el año último ha estado componiendo con dichos datos un libro. Sus conclusiones generales pueden resumirse como sigue:

Los periódicos y magazines americanos son grandes instituciones capitalistas, operadas bajo el sistema capitalista y en beneficio de este sistema, sirviendo a los intereses privados y no a los públicos. No sólo en los anuncios y editoriales, sino en la sección de noticias, los periódicos americanos falsean la historia de la actualidad: primero, por un método general de eliminación, de supresión de una gran masa de noticias corrientes no favorables a los intereses que controlan los periódicos; segundo, por la alteración de aquellas noticias que se publican, y frecuentemente por la invención de falsedades deliberadas; y tercero, por la negativa a publicar rectificación de tales falsedades, o de ofrecer a las personas perjudiciales por ellas alguna oportunidad de defenderse. La guerra ha hecho de la «propaganda» una palabra internacional y un fenómeno internacional. Las masas americanas se nutren hoy sólo de propaganda capitalista disfrazada bajo el nombre de «noticias». La noticia es la materia prima del pensamiento y mientras el pueblo no tenga honradas noticias, no es posible esperar de él opinión inteligente.

Hay una enorme cantidad de verdades de capital importancia que llega día tras día hasta todos los periodistas bien informados, pero deliberadamente se impide que lleguen hasta el público, como se demuestra con el testimonio de muchos periodistas que conozco. Yo personalmente adquiero estas noticias, lenta y laboriosamente, mediante el sistema de leerme uno o dos centenares de periódicos y revistas de todas las partes del mundo. Cada semana yo puedo poner el dedo en una veintena, o quizás en un centenar, de «insinuaciones» de noticias, pudiendo señalar los sitios en que se han enterrado las «big stories» (grandes historias). Si yo tuviera un cuerpo de redacción, algunos investigadores expertos, y los nombres de corresponsales honrados en los sitios estratégicos, podría desenterrar historias de un interés tan sensacional que conmoverían el pueblo americano profundamente. Hace diez años hacían esto mismo docenas de grandes magazines, mientras que ahora ni uno solo de ellos hace nada parecido. ¿Por qué? Los grandes magazines han sido comprados por los grandes intereses y los llamados «escarbadores de basura» han sido condenados al silencio.

Hace dos o tres meses tuvimos una huelga de mineros. El gobierno obtuvo una orden judicial que mandaba a los mineros volver al trabajo. Los mineros no volvieron al trabajo. Residiendo en la baja California y

teniendo la costumbre de leerme cuatro periódicos de la Prensa Asociada, empleé dos semanas tratando de enterarme de si los mineros estaban o no volviendo al trabajo. Todos los directores de estos periódicos sabían lo que pasaba, pero ninguno de ellos lo quería decir. Tuvimos también una huelga del acero, y mientras duró las instituciones americanas quedaron generalmente suprimidas en todos los centros de la industria del acero. Yo me enteré de esto porque leía unos cuantos periódicos obreros y radicales. Pero los lectores de los periódicos y magazines de gran circulación se quedaron sin saber una palabra, sencillamente porque nada se les decía.

Pasemos ahora a las noticias del exterior. Durante un año se me dió a entender que los bolcheviquis habían ejecutado, o enarbolado, a Pedro Kropotkin. Hace algunos meses, Kropotkin escribió una carta al célebre George Brandes y en ella le decía que estaba bien, que nunca se le había molestado y protestaba enérgicamente contra el bloqueo y la intervención en Rusia. Hasta la fecha, ningún periodista, que yo sepa, del capitalismo en América ha publicado esta carta. Lo mismo pasó con el informe de Lincoln Steffens acerca de Rusia, cuando regresó de Moscow en el otoño pasado; con las primeras ofertas de paz hechas por los soviets; con el motín de las tropas francesas en Odessa; con un enorme conjunto de hechos acerca de los especuladores del tiempo de la guerra; con el tratamiento dado a los que formularon objeciones de conciencia a la guerra, quienes sufren todavía tortura en los calabozos militares de los Estados Unidos. Si hubiera habido un periódico en que estas noticias hubieran sido periódica y continuamente presentadas de un modo imparcial, ese periódico hubiera llegado a ser el más importante del país.

Advertiréis que he dicho «de un modo imparcial». Los periódicos radicales, que son los únicos que han prestado atención a tales noticias, la mayor parte de las veces no han tenido el tiempo, y en algunas cosas, no han tenido tampoco el deseo, de depurar su información de un modo imparcial. Tales periódicos se publican a base del sudor exprimiendo a los trabajadores, están dirigidos por hombres amargados por un largo contacto con la injusticia y ansiosos de creer todo lo malo que se les cuenta de sus enemigos. Ellos atacan a los capitalistas y los capitalistas les atacan a ellos y así se desenvuelve la lucha social dentro del periodismo.

Yo hago ahora un llamamiento a mis com-

patriotas hombres y mujeres para un nuevo «standard» de periodismo: un periódico que se publique, no para hacer dinero, sino para transmitir información; un periódico que en realidad, y no sólo como cuestión de anuncio verbal, sirva a los intereses del público; un periódico que preste el juramento mismo de nuestros testigos en cuanto a decir siempre «la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad» y que no sólo haga esta profesión de fe, sino que se someta a una constitución y a una reglamentación que haga imposible el quebrantamiento de esta promesa; un periódico que sea gobernado por sus lectores, y que con respecto a su organización interna establezca con sus lectores, seria y definitivamente, el sistema de «pactos públicos públicamente concertados» (open covenants openly arrived at).

¿Tendría usted deseo de leer este periódico si existiera? ¿Contribuiría usted a fundar ese periódico que usted querría leer? Por lo que a mí toca, me propongo consagrar mi tiempo y mi energía a la empresa de fundar ese periódico, por mi propio bien y el de los demás. Para dar comienzo a la empresa, propongo una Junta ejecutiva que consista de veinte a veinticinco miembros, personas todas que hayan demostrado en su conducta de todos los días que creen en la verdad y que quieren luchar por la verdad. Estas personas tienen que pertenecer a todos los matices de las ideas liberales. Sólo por vía de ilustración, para dar idea de la clase de personas a que aludo, nombraré veintitrés de aquellas que viven en New York o en sus alrededores, y a quienes yo invitaría: Allan Benson, Alice Stone Blackwell, Harriet Stanton Blatch, Arthur Bullard, William C. Bullitt, Herbert Croly, Max Eastman, William Hard, Mrs. J. Borden Harri-man, Rev. John Haynes Holmes, Hamilton Holt, Charlotte Perkins Gilman, Paul Kellogg, Amos Pinchot, Charles Edward Rossell, Lincoln Steffens, J. G. Phelps Stokes, Ida Tarbell, Col. William Boyce Thompson, Samuel Untermyer, Frank A. Vanderlip, Oswald Garrison Willard, Stephen S. Wise.

En la lista encontraréis hombres y mujeres, judíos y cristianos, bolshevistas y liberales conservadores. Encontraréis periodistas, sacerdotes, hacendistas, abogados, etc. Creo que con una selección semejante, suponiendo que a cada uno se le diese la misma oportunidad para velar por sus puntos de vista en el periódico, sería imposible omitir ninguna verdad importante, o publicar, sin rectificación inmediata, ninguna mentira importante. La cuestión sería: ¿es posible que es-

las personas trabajasen juntas? ¿Sería posible que la marcha política del periódico fuese satisfactoria para todos? El periódico que yo estoy planeando no publicará editoriales. De modo que no es cuestión de lograr que estas veintitrés personas acordasen una política general concerniente a Rusia, o concerniente a los I. W. W. La única política que tendrían que considerar sería la política del National News (Las Noticias Nacionales); y esa política no sería otra que la de dar oportunidad a cada cual de presentar su punto de vista.

“¿Qué es la verdad?” preguntó Pilatos, y no aguardó la respuesta. Mi idea es que los directores del National News la guarden. Todo aquel que acepte una parte de esta responsabilidad deberá comprometerse de antemano a no renunciar su puesto en la Junta. No renunciamos a nuestro país. No importa cuán equivocado nuestro país pueda estar, nuestro deber como ciudadano nos obliga a estar por él y a tratar de corregirlo. Yo creo que un periódico así conducido sería tan transparente y fascinadoramente honrado que todo el mundo tendría que leerlo, los anarquistas y los católicos romanos, los comunistas y los metodistas. Como las columnas del periódico no han de estar plagadas de anuncios, habrá un espacio siempre para que todos los criterios queden bien representados.

Imagínese usted mismo como Redactor Jefe del «National News» después de haber sido electo debidamente por la Junta Directiva y luego de haber prestado el juramento de rúbrica: “la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.” Los fondos necesarios han sido reunidos, se ha buscado y contratado el Administrador general y el Cuerpo de redacción, se ha instalado la oficina y se ha firmado un contrato con una casa editora. Usted se ha provisto de un cuerpo de auxiliares competentes en quien tiene confianza y que está listo para emprender la tarea de presentar una vez por semana—no todas las noticias, eso sería manifiestamente una imposibilidad física—sino aquellas noticias que fuesen más vitalmente importantes, aquellas noticias que son silenciadas por las grandes empresas del comercialismo periodístico, aquellas noticias que son necesarias para una inteligencia de la historia contemporánea y para una evolución del verdadero progreso democrático.

Su trabajo se divide en tres partes, de las cuales mencionaremos primero la más sencilla. Llegan a la redacción periódicos de todas las partes del mundo y usted tiene un

Director de la «sección cables» y un grupo de traductores, muchos de ellos voluntarios, que le ayudan a usted a encontrar lo que puede ser de importancia capital en estos periódicos. Así usted presenta a sus lectores la carta de Kropotkin a George Brandes; el informe de Steffens acerca de Rusia, según se publicó en el «Daily Herald» de Londres; las noticias concernientes a la supresión de periódicos llevada a cabo en Siberia por las autoridades militares americanas; la noticia de la situación de los niños en Viena; de los prisioneros austriacos en los campos de concentración japoneses en Siberia; de un nuevo experimento de cooperativa agrícola en Sur Africa, o en Sicilia, o en Irlanda.

Segundo, los acontecimientos de la semana le llegan a usted por cable de corresponsales de probada veracidad residentes en las capitales principales del mundo; usted recibe una carta de su corresponsal en Washington, y una carta de los centros de la huelga del acero, o de la huelga minera o de cualquiera otro de los grandes acontecimientos de la semana. Tiene usted un índice de los corresponsales voluntarios en todos los puntos del país, personas cuyas referencias usted ha examinado cuidadosamente. Cuando el incidente de Centralia ocurre, usted le telegrafía, pongamos por caso, a un Profesor de la Universidad de Washington que vaya inmediatamente a Centralia, a expensas del periódico, y que telegrafe mil palabras sobre lo que realmente aconteció en el motín de Centralia.

Tercero, sus artículos especiales, la parte más importante, y la más difícil también, de su labor. Usted sabe cómo Lincoln Steffens procedió en su «La Vergüenza de las Ciudades», de los viejos días. Usted sabe cómo Ray Stannard Baker trató la cuestión de «El trust de la carne»; cómo Charles Edward Russell trató el asunto de los ferrocarriles; cómo la revista «Collier's» abordó la cuestión de los escandalosos fraudes agrícolas de Ballinger. Usted vió, hace muy poco, cómo Winthrop D. Lane desarrolló su tema en «El tío Sam, Carcelero», que vió la luz en el periódico «Survey». El «National News» tendría varios investigadores de este mismo tipo y de mil fuentes esparcidas por todo el país llegarían al director indicaciones acerca de los asuntos de capital importancia. Contemplando los sucesos humanos como desde una torre muy alta y con un antecjo de larga vista, usted advertiría aquí y allá los sitios en que la verdad estuviera en peligro de crucifixión y la mentira entrenzada. Usted escogería el mejor hombre y le diría:

«Váyase por una semana, o un mes, o varios meses si es necesario, y tráigase una relación exacta de los hechos. Entérese de si es cierto que algunos dueños de minas están haciendo dividendos de un ochocientos por ciento. Tengo entendido que la misión ferroviaria americana, que está haciendo uso de los soldados americanos y de los obreros americanos, y manteniéndoles en Siberia bajo disciplina militar, no está actuando bajo las órdenes del Gobierno americano y está supliendo los gastos de los fondos suministrados por alguna misteriosa empresa particular. Entérese de quién es el que suple este dinero y quiénes los que dan órdenes para una guerra privada en Siberia. Se ha dicho que los miembros del grupo obrero I. W. W. han sido mantenidos en el presidio de Kansas durante dos años y sin admitirles fianza y sin llevarlos a juicio y que se les ha estado torturando en la prisión. Averigüe lo que haya de cierto en esto. Vaya al condado de Alleghany y entérese de lo que ha sido allí de la libertad de la palabra, la libertad de prensa y la libertad de reunión en los pueblos sometidos al trust del acero. Véase con los alcaldes y jefes de policía y tome nota de sus opiniones. Cuando usted tenga en sus manos los hechos, vaya a ver al juez Gary y pregúntele qué es lo que tiene que decir acerca de todo ello. Si él rehusa contestar, el pueblo americano deseará estar enterado de su negativa.»

Como director del «National News», usted tendrá a su cargo una sección titulada «Nuestros colegas». En esta sección usted le llevará cuenta a la «Prensa Grande» del país, anotando en cada caso lo que realmente pasó y lo que ellos dijeron y las rectificaciones que se negaron a publicar. Usted mostrará qué es lo que la prensa capitalista está publicando acerca de los grandes sucesos. Usted imprimirá las informaciones de ellos en una columna, y los hechos en una columna paralela. Usted escribirá a los directores de estos periódicos solicitando rectificación y publicará sus contestaciones. De este modo usted se proveerá de material suficiente para que miles de infatigables propagandistas puedan abrirles los ojos a sus amigos y camaradas en oficinas y talleres; y así usted dará lugar a que la lista de suscripciones del «National News» crezca y con ello quebrantará usted la fuerza de la mentira y aumentará la fuerza de la verdad.

Hay otra rama muy importante de sus actividades directivas y es la tocante a los ataques contra usted mismo. Cada trabajo importante provocará coléricas protestas.

Usted aquilatará estas protestas. ¿Son honradas? ¿Han sido sinceras? ¿Se basan en hechos? Si es así, irán al periódico, automáticamente, sin pararse a mirar a quien duelen. Si son rechazadas, volverán a su autor con una clara y concreta explicación de por qué han sido rechazadas. «Esta carta es demasiado larga. Hágala más corta, si quiere.» «Esta carta toca asuntos personales. Vuélvala a escribir, si lo desca.» «Esta carta hace afirmaciones muy vagas. Pruébelas, si puede.»

Hay materias, tales como el costo de la vida, en las que es posible llegar a conquistar la verdad objetiva. Hay otras materias sobre las cuales los hombres no se pondrán de acuerdo en toda su vida. Acerca de estas cuestiones, la Junta Directiva elaborará y el cuerpo de redactores seguirá un conjunto de reglas precisas y cuidadosamente formuladas. Supongamos que durante el año 1919 la Junta Directiva anotó el tema de la Rusia Soviet como «Cuestión controvertible, clase A 7.» Muchas personas que vienen de Rusia, personas, por otra parte, muy sensatas y respetables, traen versiones absolutamente contradictorias y se ponen horribles motes los unos a los otros. Sobre tal tema, el «National News» se constituye a sí mismo en un palenque abierto donde todos los lados pueden dar su batalla. El Director considera que el tema vale la pena de dos páginas por semana y así los partidarios de cada lado tienen una página. Los miembros de la Junta Directiva que sean especialmente adictos a un lado particular, aportarán lo que ellos consideren como la más importante información. Si Máximo Gorky se pasa a las Soviets y las defiende contra la intervención extranjera, nosotros publicamos su artículo. Si Andreyev aboga por la intervención extranjera, nosotros publicamos su conjuro. Y así tendríamos la Rusia Soviet y la Rusia anti-Soviet en el mismo periódico, en lugar de tenernos que suscribir a dos distintos. Cada lado contesta los argumentos del otro lado y el director sólo tiene que ver con que el equilibrio se mantenga y que cada controversista se mantenga dentro de su tema.

Y luego, cada mes, el Director irá ante la Junta Directiva y el público en general y explicará lo que ha hecho y lo que está haciendo: por qué publicó este artículo y por qué rechazó este otro. Los de la Directiva dirán lo que opinen de su conducta y sus argumentos, sus quejas, sus cóleras y acusaciones todas, tendrán su adecuada porción de espacio en el «National News». Será

una regla que cada cierto tiempo, digamos una vez cada tres meses, cada uno de los miembros de la Directiva tendrá derecho a una columna en la que exprese sus opiniones acerca de la política seguida por el periódico y señale cuándo y cómo el periódico ha faltado a sus promesas. Se dispondrá también que siempre que alguno de los tres miembros de la Directiva crea que el periódico está silenciando alguna cuestión de vital importancia, pueda demandar una columna en el periódico por el tiempo que lo desea y en la cual podrá someter a los lectores las rectificaciones y correctivos que considere necesarias. Yo sería de opinión de que los miembros de la Junta Directiva nombrados al principio sirvieran por dos años a fin de asegurar definitivamente la vida del periódico y formular y aquilatar en la práctica su política general. Luego tendría que haber una elección general en la que todo aquel que hubiese sido suscriptor del periódico durante un año tendría derecho al voto; usando, por supuesto, de un sistema de representación proporcional en el que las minorías importantes pudieran hacer oír su voz en la Junta. Yo creo en el público americano lo suficiente para sentirme absolutamente cierto de que apreciaría debidamente este esfuerzo para tratarles como a seres hu-

manos pensantes y que vendrían en gran número a suscribirse.

Cuanto a detalles de orden práctico, he obtenido de los propietarios de empresas editoriales que ven con simpatía los principios liberales en el Este un cálculo de lo que costaría sostener el «National News» como un periódico semanal. Parece que podríamos tener un periódico honrado si diéramos cien mil dólares en efectivo y comprometiéramos unos treinta mil dólares anuales por dos años para cubrir el posible déficit. Desde luego que caso de que tuviéramos más dinero podríamos operar en mayor escala y en forma más eficiente. Yo trataré de reunir todo el que pueda, y así, acudo a todos los que tengan interés en ayudar. Pero quiero hacer constar bien claramente que no desco manejar dinero alguno. Todo cuanto deseo es una promesa al efecto de que usted contribuirá con tanto o que conseguirá tantos suscriptores. Yo reuniré una Junta o Consejo editorial que esté dispuesta a servir y esta Junta se incorporará en forma legal y elegirá un Tesorero a quien usted pagará su cuota en su oportunidad. Lo que yo hago aquí es ofrecerme como un intermediario a fin de poner a flote la idea. Mi dirección es Upton Sinclair, Pasadena, California.

Lo que significan las palabras en estos tiempos de transición

ANITA C. BLOCK

(De "The Call Magazine")

Allá en Albany, donde tiene lugar la vista de los cinco diputados socialistas expulsados por la Asamblea Nacional y donde cada día, cada hora, las dos grandes fuerzas adversarias del mundo de hoy se enuestran y chocan, estamos aprendiendo el significado de las palabras.

A veces me parece casi increíble, cuando escucho entre el estruendo de la batalla los discursos de los oradores representantes de las dos fuerzas antagonicas, que hombres y mujeres dotados todos de oídos y ojos y habitando todos en el mismo planeta, pueden darle a una palabra significados tan divergentes, tan contradictorios, tan en perenne conflicto. Entre seres de diferentes esferas,

de diferente substancia y aspecto y herencia no podría existir un abismo más grande que el abierto entre estos desesperados conservadores del viejo orden y nosotros los ardorosos campeones del nuevo. Perplejos y aterrados ellos, no pueden entender el sentido de nuestro idioma. Ellos les han dado a las palabras determinados significados. ¿Cómo nos atrevemos «nosotros» a revestirlas de otro sentido? Las palabras deben significar lo que han significado siempre para «ellos», no lo que pretendemos «nosotros» que signifiquen. Mientras asisto a este conflicto tan reñido, tan ruidoso, tan trascendental en sus consecuencias, casi me parece todo una batalla de palabras.

Por ejemplo, ahí tenemos la palabra «patriotismo». Dicen «ellos» que no tiene sentido para «nosotros». Decimos nosotros que es el sentido que ellos le han dado el que no significa nada para nosotros; que el sentido de ellos es egoísta y mezquino, cruel y sórdido; que el sentido que ellos le dan la convierte en cosa de sangre y lágrimas, de odio entre pueblos, de gula de oro y de fuerzas económicas. El «patriotismo» de ellos edifica barreras entre los hijos de la tierra, hace que aquellos agrupados accidentalmente en ciertas localidades deseen tomar ventaja de aquellos accidentalmente agrupados en otras localidades; hace de ellos competidores eternamente vigilantes y suspicaces.

Nosotros decimos que para «nosotros» el patriotismo significa hacer del país donde nos tocó vivir el país más socialmente perfecto del mundo, el país en que el pueblo esté sano y feliz, donde la vida para todos sea abundante, rica, grata; un país que pueda servir de modelo y de inspiración al resto del mundo. Nosotros decimos que para «nosotros» el patriotismo significa el «construir», no el «destruir»; que no excluye el amor a otros hijos de la tierra juntamente con el amor a nosotros mismos, ni tampoco la unión de todos los países en una alianza interdependiente que produzca por cooperación lo necesario para atender a las necesidades de cada cual.

Nosotros decimos que rechazamos el «patriotismo» de ellos como antirristiano y antisocial, como un residuo del viejo orden mundial de lucha económica dentro de cada nación y de nación a nación; orden que está a punto de pasar. Ellos replican que al rechazar su acepción del patriotismo, nosotros nos colocamos en contra de nuestro país, ponemos sobre nosotros el estigma de gentes sin patria, quedamos calificados de desleales y de traidores. Y entonces, cuando levantamos la cabeza y ansiosamente les preguntamos qué es lo que quieren decir por «desleal», qué es lo que dan a entender por «traidor», otra vez la estéril, y al parecer inevitable batalla de palabras, comienza. Surge la palabra «alianza», surge la palabra «solidaridad» y la batalla culmina en un enencuentro decisivo y terrible sobre la trascendental palabra «revolución».

Al decir revolución se alza ante ellos una visión de fuego y de acero, de pillaje y de rapiña, de saqueo y de fuerza, de una general matanza y general retroceso a la barbarie donde sucumben los selectos bajo la brutal opresión de la plebe. Para ellos la revolución es una combinación de todo cuanto

han visto en los cines como ocurrencia periódica en las repúblicas sur-americanas y de la que han leído en la prensa capitalista como ocurriendo diariamente en Rusia: todo lo violento y lo brusco combinado con lo ilógico y lo monstruoso. Y así, el aprobar la «revolución» y manifestarse en solidaridad con aquellos que han realizado una «revolución», es estar faltos de patriotismo, ser «desleal» y «traidor»! He ahí las palabras, he ahí sus significados, los significados que ellos les han puesto. ¿Será posible que lleguemos alguna vez a hacerles ver nuestros significados?

¿Podremos hacerles mirar la revolución como el cambio completo y fundamental de una era social en otra, cambio inevitable porque la evolución humana es inevitable, ineludible porque la causa y el efecto son ineludibles? ¿Podremos hacerles ver que intrínsecamente una revolución tiene tanto de fuerza y de violencia como la transformación de un botón en rosa? Siempre el verde capullo encerró en sí la promesa de la luciente y bella rosa. Y siempre el gran cambio ha de venir, la gran transformación ha de tener lugar si se permite que la ley de evolución cumpla su labor sin cortapisas. Hubo un tiempo en que los hombres llevarón a cabo el trabajo productivo del mundo sin maquinaria, sin patronos, sin factorías. Vino el día en que tuvieron los hombres ante sí un mundo en que tenían que competir para vender su trabajo a los patronos que privadamente poseían la maquinaria de la producción. Una revolución había tenido lugar. Una época industrial en el curso de la evolución humana había sido completamente transformada en otra época industrial radicalmente diferente de la era industrial que lo había precedido, tan completa y fundamentalmente diferente, que el cambio se conoce en todo el mundo como la «Revolución Industrial».

Y hoy tenemos que otro cambio está operándose. Otra «Revolución Industrial» está en marcha y transforma la estructura social del mundo de la forma capitalista a la del socialismo. Otra gran revolución está ocurriendo, pues el curso de la evolución humana ha llegado ya al punto en que la ley del progreso demanda que la maquinaria de la producción sea arrancada de las manos de los capitalistas privados y puesta en las manos de aquellos cuyo trabajo las ha producido, en las manos de los trabajadores. Y esta revolución industrial de hoy debe marchar más allá hasta cumplir todo cuanto la evolución le exige. Debe aspirar a que la tie-

para que el pueblo necesita para procurarse alimento y abrigo, sea puesta de nuevo en sus manos, juntamente con todo lo demás que su labor haya producido y que sea necesario para garantizar su seguridad y bienestar.

Esto es, pues, lo que queremos significar cuando hablamos de revolución, de la revolución social, de la grande, inevitable revolución industrial del siglo XX. Sabemos que ha de venir tan fatalmente como el verde capullo se transforma en espléndida flor. Y nosotros laboramos incesantemente para que venga más pronto, más fácilmente, más perfectamente, del mismo modo que le echamos agua al capullo y lo colocamos bajo los rayos del sol. ¡Es tan claro lo que queremos decir cuando hablamos de «revolución»! ¡tan claro y tan bello! Pero cuán siniestra y terrible suena la misma palabra cuando ellos la fuerzan dándole un significado perverso, cuando ellos leen «sangre» donde nosotros hemos escrito «justicia», «barbarie» donde escribimos «progreso».

Por supuesto, no es sólo el vocabulario de los grandes conflictos industriales el que revela cuan diferentes son los significados que dan los hombres a las palabras. Precisamente ahora, en la intensidad del actual conflicto, estas diferencias suenan más marcadamente en el campo de batalla de Albany que en otros sitios en que los hombres marchan en sus rutinas cotidianas. Pero en todas partes sucede algo semejante. Gentes cuyos hombres se rozan en el subway, que viven en la misma casa, que trabajan en la misma oficina, no se entienden los unos a los otros. Ellos usan las mismas palabras, pero no hablan el mismo lenguaje. Ellos han estado separados los unos de los otros demasiado

tiempo por diferencias de clase, de raza, de religión, para poder darles a las palabras que todos usan, el mismo significado. Si alguna palabra hay en la lengua que debiera tener un significado universal, igual para todos, es esa palabra fundamental y eterna: «amor». Pero ¿qué tiene que ver el amor que se exhibe en los parques en las noches de verano con aquel amor que es una unión de dos seres, de todo cuanto le piden a la vida y de todo cuanto le ofrecen a la vida? Y sin embargo, también estos dos se ocultan en la penumbra, y se abrazan, y se estremecen ante la vulgar palabra «amor» y le dan un significado que sube hasta las estrellas.

No hay por qué multiplicar los ejemplos. ¿Qué quiero decir cuando digo «placer»? Ni el rollizo hombre que alquila una mesa en un cabaret, ni la mujer que siente calofríos de emoción ante el último espeluznante melodrama, tienen de ello la más remota idea. Sería tan difícil hacerle ver a un jefe Zulu lo que quiero decir cuando hablo de placer, como hacérselo entender a ellos. Usamos las mismas palabras todos los días, todas las horas, pero nunca hablamos el mismo lenguaje.

¿Cuánto tiempo pasará, me pregunto, antes que las gentes que viven juntas bajo el mismo techo en las mismas ciudades hablen el mismo idioma? ¿Cuánto tiempo pasará para que todos digamos lo mismo cuando decimos «patria», o «traidor», o «solidaridad», o «revolución»? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que podamos construir un mundo tan satisfactorio y alegre para todos que todos hablemos el mismo idioma porque todos hayamos encontrado el mismo significado en las palabras?

La única figura verdaderamente interesante en Europa, es Lenin

GEORGE BERNARD SHAW

(Reproducido del "New York American")

El hecho básico en nuestra sociedad moderna en casi todos los países civilizados de hoy es la existencia de una casta ladrona. Los ladrones deben ser tratados con gran respeto, porque siempre podemos aprender lecciones muy importantes de ellos.

En tanto que los hombres honrados se pa-

san la vida discutiendo acerca del mejor método para traer al mundo el millenium, la clase gobernante, de igual modo que una banda de escaladores al asaltar una caja, no pierde tiempo en seguirse apoderando por fuerza de lo que quiere.

Ya sabemos a qué atenérnos con respecto

a la subida de la clase media. Sabemos cómo esta clase media laboraba y explotaba la tierra de aquellos (los de la casta ladrona) que tenían más de la que podían atender y cómo, en compensación, les daban a éstos un tanto por ciento de los beneficios. Por estos medios, la clase media a su vez producía riqueza mediante la organización del trabajo. Y una vez convertida en organizadora del trabajo, comenzó a considerarse a sí misma como del partido de la casta ladrona. Los de la clase media naturalmente descaban convertirse también ellos mismos en ladrones retirados.

La clase ladrona se opuso. Pero el hombre de la clase media le dijo:

“Yo voy a destruir tus prejuicios y estoy absolutamente resuelto a implantar en el mundo tal estado de cosas que cualquier hombre que sepa robar pueda ascender a la casta ladrona.”

Ahora bien, el nombre de este credo en Inglaterra es «liberalismo».

¿Hay algún signo de la formación de algún partido en Inglaterra que rechace la idea del robo y la sustituya por la de cooperación, por la producción común para el beneficio de todo el país, y que esté dispuesto a acabar no sólo con la holgazanería, sino también con la condición de no productor? Yo debo decir francamente que no descubro ningún partido que pueda en realidad decir esto.

No veo posibilidad de una confrontación definida de clases, de una guerra resuelta de clases con el plan de hacer figurar en un partido determinado a todos los que trabajan con las manos y el cerebro.

En Rusia hay un partido que está haciendo progresos considerables en el sistema de echar por la ventana todas esas paparruchas de «democracia», «tolerancia» y otras semejantes, para no creer sino en la fuerza de una minoría enérgica.

El soldado ruso hizo una cosa muy excéntrica. Dejó de pelear, se fué a su casa y se apoderó de la tierra de su país. Esto, desde el punto de vista de la casta ladrona, fué la primera grande atrocidad.

Existe sólo un estadista verdaderamente interesante en Europa en el momento actual, y su nombre es Nicolás Lenine.

Lenine no estaba de acuerdo con la doctri-

na predicada por los socialistas durante tantos años, de que estos grandes cambios sociales deben descansar en la voluntad del pueblo.

Lenine estaba enteramente de acuerdo en este punto con los métodos de la casta ladrona.

Lenine dijo que no había para qué esperar hasta que la masa del pueblo en toda la nación estuviera convencida. Puso resueltamente manos a la obra, y al igual que nuestra clase gobernante, organizó las cesas y las puso en tal forma que empezaran a marchar. De ahí vino su combinación de Soviets, que es un método de elecciones indirectas y que no es de ningún modo un método de elecciones «democráticas».

Es un método indirecto, doble y triplemente indirecto.

Es susceptible de ser dirigido en tal forma que a su amparo Lenin logró que vinieran a trabajar junto a él los hombres cuya opinión y concurso descaba. No hay ninguna idea de «tolerancia» en ello, tampoco. Él estableció resueltamente que no habría de haber más holgazanería, que se tenía que acabar con el parasitismo.

Lenin se convenció de que, llegado el momento de decidir entre la gente que creía en un sistema social que no es más que la organización del robo, y la gente que creía en otro sistema social, que era una minoría inteligente, no había más remedio que apelar a la guerra con todas las fuerzas de que se pudiese disponer.

Ahora dejadme exponer cómo los bolsheviks tratan a sus prisioneros. En lugar de cometer toda suerte de atrocidades, como se ha venido alegando, ellos los han tratado siempre con hospitalidad y humanidad, dándoles a leer folletos en que se da cuenta exacta de lo que los bolsheviks están haciendo.

Ellos reconocen que hay que llegar a la mente del pueblo, y lo que han estado haciendo con la mente de los prisioneros adultos lo están haciendo también con los niños de Rusia. A los niños de Rusia se les está enseñando desde que comienzan a delétrear, que no hay deshonor mayor en el mundo para toda persona que el no ser un trabajador que produzca y pague así lo que consume de la comunidad.

La insolvencia de Europa

MARK O. PRENTISS

Es con una profunda apreciación del viejo proverbio de que el pesimista es el más impopular de los hombres de este mundo y, sin embargo, dándome cuenta de las responsabilidades de la hora presente, que yo sostengo que en mi opinión los Estados Unidos bien podrían echar a ganancias y pérdidas sus préstamos europeos, como gastos de guerra, y abandonar toda esperanza de recobrar capital o intereses. Europa está insolvente hoy día, y sus gritos de ayuda financiera deben ser tenidos en este país como imploraciones a la caridad. Tales demandas por parte suya no son proposiciones de negocios y por duramente que esta verdad pueda herir a los americanos que ya han invertido fuertes sumas en Europa, creo que es justo que el pueblo americano conozca la verdad de los hechos.

La baja reciente de los cambios extranjeros fué sólo la primera respuesta a la publicación de los hechos concernientes a la situación económica internacional. Los cambios se han recobrado algo, temporalmente, pero la baja continuará. Es concebible que los cambios puedan continuar en su rápido declive hasta su total extinción; que los cambios austriacos sigan la misma suerte de los rusos, y los alemanes sigan a los austriacos; que los cambios de algunos de los países occidentales sigan la suerte de los países al Este del Rin y que el dinero de todos los países del mundo llegue a no poseer absolutamente ningún valor en el mercado internacional. Y esta es una posibilidad para un futuro inmediato: no es cuestión de años, sino de semanas o meses a lo sumo.

Las finanzas internacionales están en tal condición, que los grandes hombres de negocios y los banqueros internacionales se ven obligados a emplear palabras que ellos siempre se han resistido a emplear. Es triste tener que hablar de «insolvencia» y de «bancarrota» al aludir a nuestros asociados en la última guerra, pero los hechos son más tristes que las palabras. Es desastroso que exista una situación tal que haga necesario el uso de la palabra «repudiación» con respecto a las finanzas de aquellos países, pero sus propios estadistas y financieros van acercándose cada vez más a la conclusión de que la repudiación es el único

recurso que les queda. La actual tentativa de establecer un fondo común de deuda extranjera y de fraguar un plan para encontrar una fórmula de pago o de promesa de pago que no dé al traste con los actuales presupuestos, no es en esencia otra cosa que una tentativa de establecer liquidadores de quiebra. Pocos hombres que están familiarizados con la situación actual y no influídos por pasiones tienen hoy la menor esperanza de que las deudas internacionales se paguen jamás. Ningún país en Europa da señales serias de pensarse de nuevo a trabajar sobre bases racionales y el embrollo internacional no puede arreglarse hasta que Europa comience a producir y a exportar en grandes cantidades... pero la repudiación puede venir antes.

La situación de Alemania es tal, que aun los gobiernos aliados han llegado a admitir la imposibilidad económica del Tratado de paz y a dudar de que Alemania pueda jamás estar en condiciones de pagar nada de las reparaciones en que Francia, Inglaterra, Bélgica e Italia han confiado para poner sus propias casas en orden; y yo sólo desco referirme a los discursos de los políticos ingleses en la fecha en que las elecciones tuvieron lugar a raíz de haberse firmado el armisticio, fecha en que ellos definitivamente le prometieron a los electores que a Alemania se la obligaría a pagar los gastos de la guerra. Con ese programa fue que el país votó por el actual gobierno inglés.

Francia está en una situación deplorable, porque nunca hizo esfuerzos para pagar una parte apreciable de su deuda de guerra por medio de las contribuciones, sino que se dejó ir en la cómoda esperanza de recobrar enormes indemnizaciones de Alemania y desquitarse así de sus pérdidas en Rusia. Los enormes empréstitos de Francia a Rusia han desaparecido y la esperanza de grandes indemnizaciones de Alemania se ha evaporado. Alemania hoy no vale más de cincuenta mil millones de dólares, en un cálculo liberal, sin tener en cuenta la seria depreciación de sus ferrocarriles y otras utilidades públicas, ni su gran disminución de población y de territorios productivos; y, sin embargo, su deuda nacional se eleva a unos cincuenta y cinco mil millones de dólares. Alemania está

además, escasa de materia prima, subsistencias y otros artículos importantes que necesita no solamente para el sostenimiento de la vida de sus habitantes, sino también para reconstruir su posición fiscal mediante aumento de las exportaciones. Sin marina mercante, sin facilidades comerciales de ningún género, con un costo de transportes enormemente aumentado y con un tipo de cambio muy desfavorable, Alemania no puede extraer de los países extranjeros ninguno de los artículos que urgentemente necesita. Como ejemplo, tenemos que un «bushel» (35 litros) de trigo, que antes de la guerra Alemania importaba a un costo de unos cuatro marcos más o menos, cuesta hoy cuatrocientos marcos; y otros artículos que ella tiene que comprar—como materia prima o comestibles—están en un nivel semejante de costo.

Los intereses que devenga la deuda nacional italiana son casi tan grandes como toda su renta nacional antes de la guerra. Italia ha perdido la antigua renta que derivaba de las legiones de turistas que visitaban su suelo; ha perdido la baratura de sus precios de trabajo, y el costo de importación de sus materias primas absolutamente imprescindibles ha aumentado extraordinariamente. Donde antes importaba once millones de toneladas de carbón a un costo de veinte a veinticinco liras la tonelada, en su propia moneda (4 a 5 dólares), ahora tiene que importar la misma cantidad y con su moneda actual enormemente depreciada cada tonelada le cuesta de seiscientas a setecientas liras. Naturalmente, esto aumenta en proporción el costo de transporte y por consiguiente afecta directamente al costo actual de otros artículos, bien se produzcan en el interior o se importen del exterior; y como Italia tiene que importar grandes cantidades de alimentos y otras materias primas para sus industrias, es evidente que tiene muy poca probabilidad de continuar sus negocios sobre esta base. La situación de Italia es más o menos semejante a la de otros países europeos, que cada vez dependen más de las subsistencias y materias primas traídas de países extranjeros, no solamente para sostener su propia vida interior, sino también para capacitarles para la exportación de artículos manufacturados con que pagar los artículos importados. Y si a esto se añade el aumento en precios causado por la baja de los cambios italianos, y el alarmante aumento del costo de los transportes trasatlánticos de los Estados Unidos (desde menos de dos dólares la tonelada a más de veinte dólares) queda-

rá evidenciada nuestra conclusión de que la situación de Italia es deplorable.

No es agradable hablar de la situación de Inglaterra. El público mira a la Gran Bretaña como al más solvente de todos los países de Europa y la sola idea de que Inglaterra repudie su deuda exterior parece un sacrilegio. Sin embargo, he aquí los hechos tal como han llegado a mis manos. Antes de la guerra, Inglaterra tenía veinte mil millones de dólares invertidos en todo el mundo. Ventas forzosas, depreciación y otros factores redujeron esta cifra en un 75 por ciento dejándola reducida a unos cinco mil millones. El año pasado la renta de Inglaterra era en dos millones de libras por día, inferior a sus gastos nacionales. El Gobierno inglés tiene que hacer tremendos desembolsos para mantener en pie su sistema de alimentos a los faltos de trabajo, lo que le cuesta un millón de libras por semana, sin contar con que las sumas que invierte en sus fuerzas militares de ocupación en Irlanda, la India y Egipto y otros puntos es enorme. Actualmente la cifra de los intereses que debe satisfacer por su deuda interna sube a más de 370 millones de libras contra 24 millones quinientos mil libras que pagaba por el mismo concepto antes de la guerra, y conste que hablamos de la deuda interior. Estableciendo una relación entre esta suma representativa de los intereses de la deuda interna y la población total del imperio inglés, el interés representa más de 30 libras por cabeza contra un promedio de capacidad de ganancia de 125 libras por cabeza. Los Ministros de Hacienda de Inglaterra hacen juegos de prestidigitación con los números cuando afirman que el presupuesto inglés ha cuadrado. Las importaciones de Inglaterra han aumentado en valor desde unos 600 millones de libras a que ascendían en 1913 hasta cerca de mil ochocientos millones de libras en 1918 (o, tomando como equivalencia cinco dólares por cada libra, desde tres mil millones de dólares a nueve mil millones de dólares.) Basta considerar superficialmente estas cifras para tener la impresión de que Inglaterra ha importado, aparte del aumento de precios, una gran cantidad de materia prima para aumentar su producción industrial, con el fin de ampliar su exportación. En cuanto a esto, basta fijar la atención en las cifras de la Cámara de Comercio desde el 1.º de Enero hasta el 31 de Diciembre de 1919, las que muestran que mientras el aumento en el precio de las importaciones casi se ha cuadruplicado, el peso neto de las importaciones ha disminuido considerablemente.

esto es, que mientras en 1913, durante un período semejante, las importaciones sumaban aproximadamente cincuenta millones de toneladas, en 1919 sólo ascendían a treinta y cinco millones quinientas mil toneladas, lo que representa una rebaja de quince millones de toneladas en el volumen importado. Pero más sorprendente todavía es el descenso de que este descenso es principalmente en madera, que bajó de once millones de toneladas, a seis millones trescientos mil; y en hierro bruto, que bajó de ocho millones cuatrocientos cincuenta mil toneladas, a cinco millones setecientos setenta mil toneladas. Estas dos últimas son las cosas más esencialmente necesarias para rehabilitar la industria y para ponerla en condiciones de fabricar los artículos de cuya exportación depende la vida del país.

Estas condiciones cuando son debidamente analizadas, no prometen ninguna perspectiva de equilibrio, y un banquero que practique un escrutinio del estado de cuentas de su cliente y lo encuentre en la forma en que está el de los países europeos, no tardaría ni un segundo en tomar una determinación. Nuestro Gobierno ya ha hecho constar claramente que no está dispuesto a fiar ni un centavo más.

Pero la cuestión no es solamente de préstamos futuros. Es que ya estamos seriamente comprometidos con Europa. El mundo nos debe como nación doce mil millones de dólares en empréstitos y se calcula que obligaciones adicionales a favor de nuestros hombres y empresas de negocios, no bajan de ocho mil millones de dólares. Nuestros fabricantes han hecho muchas ventas en el exte-

rior a base de valores extranjeros y han girado sobre compradores extranjeros y en general tienen letras aceptadas; y han descontado estas letras aceptadas en Bancos que a su vez las han descontado bajo el sistema de «Reserva Federal». Todo este papel ha sido renovado, y renovado, y renovado otra vez y otra vez y está vencido, y tendrá que pagarse muy pronto, y a todo esto los cambios han bajado de un treinta por ciento a un sesenta por ciento.

Cantidades inmensas de mercaderías americanas han sido remitidas al extranjero, principalmente a Europa, en consignación, o colocadas en depósitos por todo el mundo, a la orden. Tales consignaciones se elevan probablemente a la suma de dos mil millones de dólares. No sabe uno qué pensar de lo que le ocurriría a nuestra industria el día que tenga que liquidar con descuento las enormes sumas cubiertas por letras del exterior no pagadas. El mundo está ahora sentado sobre un volcán latente que puede comenzar sus erupciones en cualquier momento, con el resultado de que toda la estructura financiera del mundo, en la forma en que estamos acostumbrados a concebirla, se vendrá al suelo. Que nosotros en los Estados Unidos estamos intensamente, profundamente interesados en la situación es evidente. Nosotros no podríamos persistir siendo la única nación próspera en un mundo de países quebrados. Nuestro deber primario, por consiguiente, es ayudar a los otros países a ayudarse a sí mismos. Todos los economistas están conformes en que no hay más que una solución: más producción y una disminución de gastos.

El hambre y revolución en India

MANABENDRA NAH ROY

Representante del Partido Nacionalista de la India

(De la revista hispano americana "Nueva Civilización".)

Cada vez que el autor de este artículo dice "Inglaterra", léase "el imperialismo inglés", que es igual, en sus procedimientos y fines, a todos los demás imperialismos. De Inglaterra como nación no se debe hablar, dado el número de elementos sanos y devotos de la libertad que hay hoy en su seno. ¿Qué pueblo del mundo tiene en su abono la tradición de sincero liberalismo que tiene el inglés cuando se le mira de conjunto?—N., de R.

El control de los servicios de informaciones por los distintos gobiernos, ha impedido que todo el mundo sepa las cosas que no sean agradables para una u otra de las grandes potencias que son las dueñas absoluta-

de la tierra y de las multitudes de los seres humanos que la habitan. Con motivo de que Inglaterra tiene acaparadas todas las vías por donde salen las informaciones de la India, el mundo se ve obligado a saber de las

segando vidas humanas el número de las cuales aumentan varias veces más que las bajas de la gran guerra. Solamente en el año pasado no menos de 32,000,000 de seres humanos han muerto en la India por el hambre y la peste. Por la exportación excesiva se han agotado enteramente los artículos alimenticios y la gran parte de la población está tan extenuada que no pueden ni siquiera llevar un jarro de agua para apagar la sed antes de morir."

Relatos de este estilo se han publicado en muchos periódicos de los Estados Unidos, pero hasta ahora el pueblo de aquel país ríco ha contribuído muy poco para aliviar los sufrimientos de los millones que están muriendo de hambre a consecuencia de haberse visto obligados a ayudar a la guerra de libertad. A los últimos días de Mayo pasado se publicó en algunos periódicos del Canadá una apelación a fin de conseguir fondos para socorrer a los miserables en la India. Desde luego esa apelación fue suprimida por orden del gobierno canadiense y no ha vuelto la prensa del Canadá a escribir ni una palabra sobre el particular.

La India siempre ha sido la tierra de riqueza y opulencia; le cayó la maldición cuando los voraces explotadores europeos vinieron a sus costas en busca de lucros. Desde que el imperialismo británico tomó posesión de la India, el pueblo ha sufrido del hambre crónica, mala nutrición y las enfermedades endémicas que son los resultados naturales de tales condiciones. El pueblo indio siempre ha sido apacible y su cultura no le anima a los procedimientos sanguinarios. El capitalismo inglés se aprovechó de este carácter del pueblo indio y emprendió una especie de explotación que hoy en día amenaza con aniquilar al entero pueblo indio. Una explotación en cuyo resultado han perecido treinta y dos millones de vidas humanas en un año no necesita más condenación. Y el pueblo que se rebela contra el gobierno que le ha sometido a tal miseria y todavía sigue la misma política, debe ser apoyado cuando menos moralmente por todo el mundo. El imperialismo inglés está resuelto a suprimir las justas aspiraciones del pueblo indio a todo trance; sin rubor está usando las infernales máquinas de guerra contra un pueblo que

indio en una esclavitud desesperada es necesario para la existencia del capitalismo inglés; lo que van a perder los capitalistas ingleses en su lucha contra los trabajadores de Inglaterra, lo recobrarán por la explotación de los desamparados obreros indios. De modo que no obstante que el proletariado inglés gane algo a consecuencia de la guerra, hasta cuando la India quede sometida al yugo británico no vencerá el capitalismo inglés. Pero desgraciadamente los mismos trabajadores ingleses parecen imperialistas también; el Partido Laborista de la Gran Bretaña que tiene ideas tan liberales en cuanto a sus propios asuntos, no va más allá de recomendar que el Gobierno inglés sea más liberal en la Administración de la India. El referido partido no puede concebir la idea de que el pueblo inglés no tiene ningún derecho, ni moral ni político, para imponerse sobre el pueblo indio por más liberal que sea su administración. Pero la cuestión de la India no es un movimiento local que tiene por fin la independencia nacional egoísta; es un factor de carácter mundial, pues la India es la piedra angular del Imperialismo Británico que es el más grande y poderoso enemigo de una Revolución social y económica por todo el mundo. Hasta cuando tengan en su posesión absoluta las inmensas riquezas de la India los capitalistas ingleses, que son los explotadores clásicos, seguirán siendo demasiado fuertes para ser vencidos por la clase proletaria. De modo que la libertad de la India además de ser una acto de justicia, sería un paso muy grande para la Redención del mundo. Por lo tanto los pueblos no deben estar por más tiempo indiferentes hacia la causa, reclamaciones, luchas y sufrimientos de los millones de la India que piden hoy día el apoyo moral y material de la Humanidad.

Mientras el socialismo fue considerado como una utopía, los socialistas no inquietábamos a la burguesía, éramos unos locos que no merecíamos ni el manicomio; pero cuando el socialismo se está realizando bajo la forma bolshevismo, entonces las cosas cambian; los burgueses se alarman y gritan y para combatirlo acuden a toda especie de calumnias; los bolsheviquis son asesinos, ladrones, destructores de la propiedad, etc.